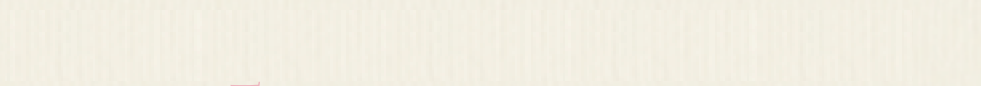


EL ESPACIO Y EL TIEMPO PURÉPECHAS



Carlos García Mora

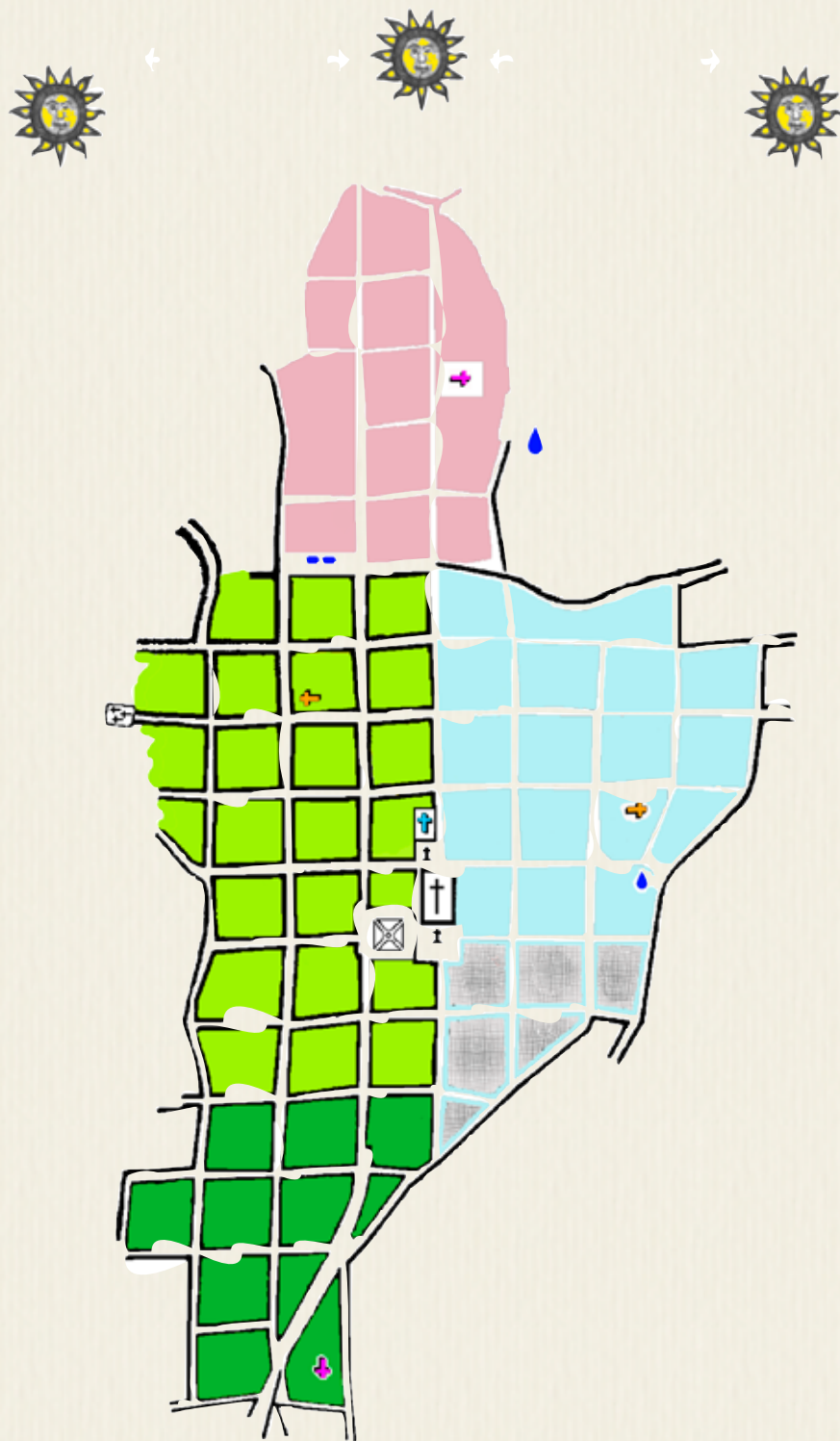


EL ESPACIO Y EL TIEMPO

PURÉPECHAS



Fascículos



EL ESPACIO Y EL TIEMPO PURÉPECHAS

*Intersección cardinal en un poblado de
la Sierra de Michoacán*

Carlos García Mora

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Dirección de Etnohistoria



TSIMARHU
Estudio de etnólogos

García Mora, Carlos:
El espacio y el tiempo purépechas. Intersección cardinal en un poblado de la Sierra de Michoacán, ed. electrónica, México, Tsimarhu Estudio de Etnólogos, 2014, fascículo de 24 pp. con figs. (Fascículos).

Portada:

Plano del poblado de San Antonio Charapan, Mich., con el Oriente arriba y sus barrios coloreados de distinto color.

El contenido de este fascículo forma parte del libro
El baluarte purépecha
(capítulo 22), en el cual pueden consultarse las fichas completas de las referencias bibliográficas aquí citadas:

<http://carlosgarciamoraetnologo.blogspot.mx/2012/05/baluarte-piurepecha.html>

Escrito con resultados de investigación llevada a cabo en la
Dirección de Etnohistoria del
Instituto Nacional de Antropología e Historia



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

Presentación



Este fascículo de etnología histórica proporciona algunos indicios acerca del manejo del espacio y el tiempo en San Antonio Charapan, un poblado de la Sierra de Michoacán. Aunque para ello se recurre a la etnografía contemporánea, el propósito del texto es atisbar lo que pudo ser la organización espacial y temporal de lo que fue la república purépecha antes de su desaparición en la primera mitad del siglo XIX.



Fig. 1. Plano charapanense sembrado de maíz, visto desde la orilla norte del poblado —correspondiente al barrio San Miguel— al final de la calle 5 de Mayo.

EL PUEBLO PURÉPECHA ha ocupado un territorio, aquí denominado país purépecha o Puréecherio, que comprende varias regiones geográficas en donde se fundaron sus asentamientos. Tanto en su conjunto, como en cada región, poblado, milpa y monte, y aun en cada predio familiar, el espacio fue concebido y organizado de un modo particular, como lo hace cualquier pueblo en el mundo. A su vez, dichos ámbitos específicos se entrelazaron con otra dimensión: el tiempo, concebido por el pensamiento purépecha como ciclo repetitivo pero endeble, expuesto a fracturas naturales, humanas y sociales, las cuales se enfrentaban con las siembras para el renacimiento del maíz, con el relevo de autoridades para mantener el gobierno comunitario, con la

celebración de fiestas religiosas para garantizar la protección divina y con otras actividades anuales. Como era natural, ambas facetas —la espacial y la temporal— estuvieron engarzadas, en tanto la república purépecha tenía una posición en la sierra, vivía en un espacio históricamente ordenado y en un tiempo cuyo transcurso contenía el pasado con sus cisuras —en ocasiones graves—, el presente tangible y las regeneraciones que permitían prevenir el futuro.



Respecto al espacio, la propia lengua purépecha tiene como uno de sus rasgos la ubicación de cada cosa.¹ Por lo demás, en la sierra, el todo se distribuía en tres ámbitos:

- Arriba, Awánta —el Cielo, la Gloria, la bóveda celeste—.
- Abajo, Parhákwaipeni o Parhájpeni —el entorno, el mundo—.²
- Debajo, K'umájchukwarhu —región de las sombras donde no pegan los rayos celestes—.

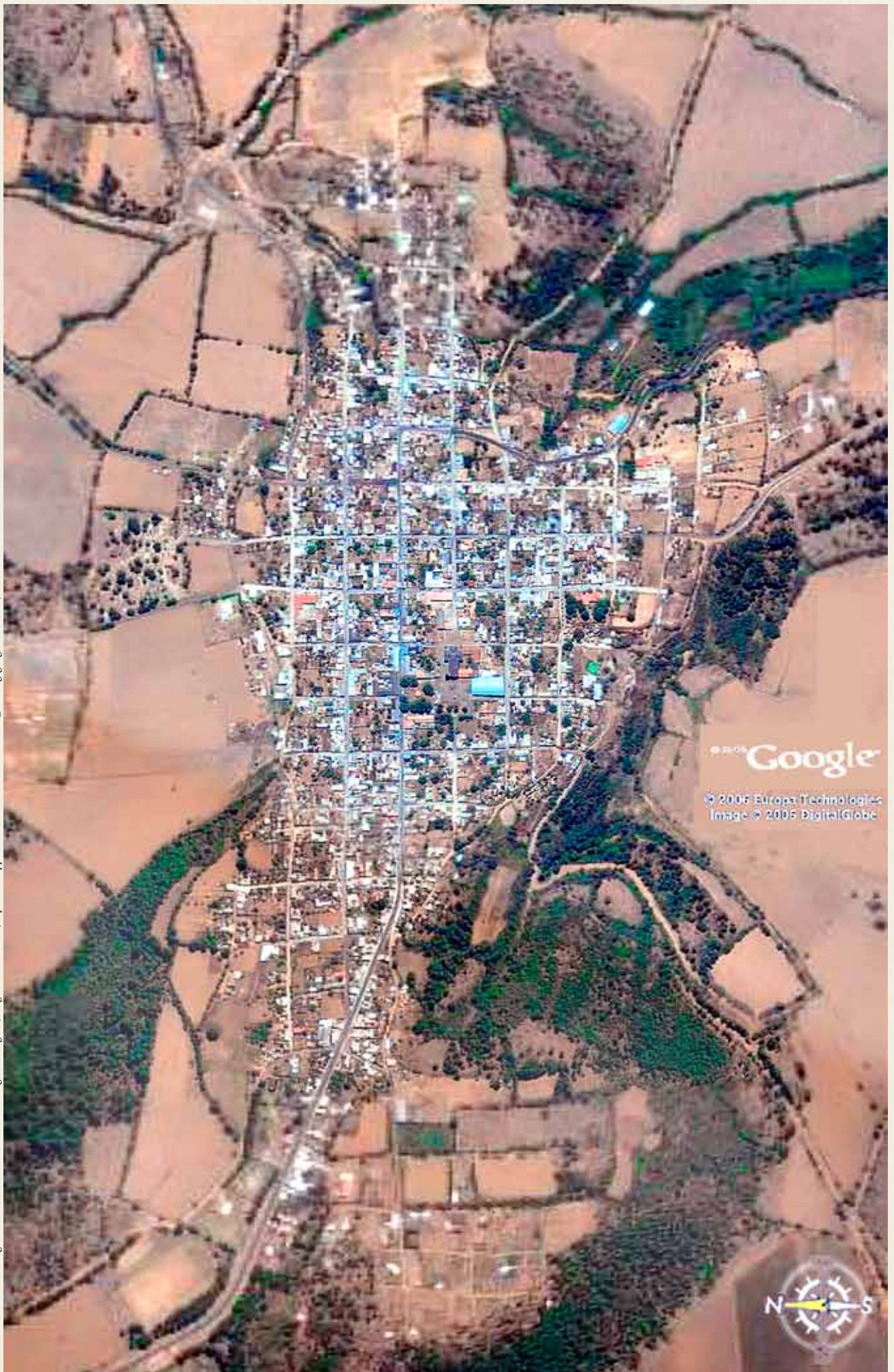
En cada uno de ellos estaban presentes los cuatro puntos cardinales: oriente y poniente, norte y sur, además del centro o lugar desde donde se observa.³

Por cierto, en la mentalidad colectiva, el sur tuvo presencia alegórica desde la antigüedad, ya que en aquel rumbo se localizaba la antiquísima procedencia de una parte del conglomerado tarasco; amén de las relaciones de índole diversa —como la de los arrieros— con tierra caliente. En consecuencia, la tierra fría donde estaba la sierra se diferenciaba de la tierra caliente en las regiones bajas de Michoacán y Colima, a las cuales se viajaba con frecuencia. Por ello, en las celebraciones charapanenses se hacían las alusiones sureñas con frutos de tierra abajo. Por ejemplo, en la Semana Santa se adornaba el templo con flor de coco; y en la parafernalia de las festividades dedicadas a san Antonio de Padua y a la virgen de La Asunción, se repartía plátano macho —junto con roscas de pan— en ofrendas e intercambios rituales.⁴

En el ámbito del abajo o Parhájpeni se encontraba el llamado —de forma genérica— *ixú*, el aquí o la tierra donde se nace y se entierra el ombligo, considerada nuestra madre a quien, por ser sagrada, debe cuidarse. Asimismo, incluía el dominio territorial propio del poblado y la superficie ocupada por éste llamada *jeýákwaro* o lugar donde habita un poblado y donde los hombres están sujetos a una organización.⁵

El derredor geográfico, sus puntos y accidentes tenían nombres y sexo en el país purépecha; por ejemplo, todos los cerros lo poseían y eran vistos como una presencia —en cierto sentido eterna— de algo que siempre ha estado allí y, por consiguiente, se les daba una

Fig. 2. (PÁGINA DE ENFRENTÉ). Vista aérea del actual poblado de Charapan tomada desde una altura de casi 4 170 m. Muestra el casco urbano asentado aproximadamente a 2 685 m de altura sobre el nivel del mar, y a 19° 38' 59" de latitud norte y 102° 15' 05" de la latitud oeste del meridiano de Greenwich. La fotografía, tomada alrededor del año 2006, fue obtenida en el portal electrónico de Google Earth.



importancia especial.⁶ En la sierra se le asignaba sexo femenino al cerro de P'atámpani o Kutsí Juáta, nombre derivado de *kutsí* —dama, hembra, mujer, señora— y *juáta* —cerro, monte—.

La lógica y el significado de los topónimos purépechas es difícil de establecer y descifrar. Tal ocurre con el nombre del desaparecido caserío San Miguel Apéenkeni, 'atorarse una prenda de vestir con otra sobre la que está puesta'. Si fue como en la región lacustre de P'áskwarhu, algunos topónimos acaso se entienden en función de otros, porque cada uno alude a una fracción de un relato legendario en una sucesión de acontecimientos, al ir indicando lo ocurrido en cada sitio.⁷ Si tal fuera el caso, Apéenkeni adquiriría su sentido en el contexto del resto de topónimos de la zona o de la región.

Los asentamientos en la antigüedad tarasca siguieron varios patrones urbanos. Uno consistió, a decir de una tradición oral, en un ordenamiento en forma de caracol, con cuatro entradas arregladas para ser cerradas con piedra en caso de ataque. Al centro tuvo plazas para hacer mercado y celebrar reuniones, a cuyo derredor se levantaban su *yákata* y las casas de los principales. Al menos así se lo imaginaban en el siglo xx.⁸

En la época de la república purépecha, el poblado de Charápani —integrado por cuatro barrios básicos— fue concebido rodeado de su campo agrícola, a su vez protegido por el bosque. Como en la antigüedad, lo más significativo fue el carácter sagrado de la superficie ocupada por el *iréta* —poblado o casco urbano— pues era tierra de san Antonio de Padua bajo su vigilancia y cuidado, quien la preservaba con ayuda de los santos patronos de cada uno de sus barrios. Otro rasgo destacado fue la oposición espacial complementaria entre el monte salvaje y el poblado cristiano.^{Fig. 2}

La traza dada por los habitantes al poblado original en el siglo xvi fue ampliada y, a veces, quizá modificada por las congregaciones sucesivas de pobladores de varios caseríos, quienes se vieron obligados a mudarse para fundar otros barrios en Charápani o para incluirse en alguno. Si el trazado fue reticular, como lo sería en los siglos xix y xx, cambió desde entonces el tipo de asentamientos antiguos. Para infortunio del autor y los lectores, se ignora el original acordado por los mandones con los franciscanos y funcionarios y si éste fue modificado o sólo extendido cuando en ese sitio se congregaron familias de otros caseríos a fines de ese siglo. De hecho, está por verificarse si la fundación primitiva se llevó a cabo donde se encuentra ahora, o bien, el lugar actual es el de una refundación posterior.

Tres de los barrios fueron cruzados por una barranquilla formada por el correr de las aguas en tiempo de lluvias. Ésta bajaba de lo alto de la loma encima de la cual Charápani estaba asentado —desde la orilla poniente donde era posible contemplar la mejor panorámica del

poblado— hacia el barrio de abajo en el oriente, razón por la cual se le llamaba Eráxamani, ‘donde se divisa todo o se ve a lo lejos’. En el siglo xx, dicha barranquilla desapareció al ser rellenada alrededor de 1960, para convertirla en una calle empedrada.⁹

Otras dos calles de menor extensión atravesaban el poblado en el mismo sentido: la Real —hoy llamada Nacional— y otra más corta trazada desde la plazuela del Yurhíxiu —justo desde la espalda del templo parroquial— hasta la capilla de Santiago, a veces denominada también Eráxamani por servir de mirador al inicio donde puede verse toda ésta vía desde lo alto. Todo el conjunto contó con salidas en cada punto cardinal hacia los pueblos circunvecinos.

Como tal, el poblado incluía sitios o predios domésticos, árboles, rocas, pozos, manantíos, plazas y edificios con valor social, económico, político, religioso y mágico. Caminar a través de Charápani significó para todo purépecha transitar por lugares donde se procuraba el agua y se salía a las labores en la milpa, los pastizales y el bosque; otros, donde se saludaba a parientes y compadres; otros, propios de los santos y las advocaciones marianas, donde se persignaban como muestra de respeto; otros, donde se tomaban precauciones debido a sus “aparecidos”, como ciertas calles del barrio San Miguel en el transcurso de la noche; otros, eran los históricos; otros, donde se mercaba, intercambiaba o transportaba mercancía; otros, en fin, donde tenían lugar actividades administrativas y políticas. El deambular por ese espacio poblado implicaba, a más del simple traslado de un lado a otro, el ingreso o el paso por ámbitos de distintas jerarquías y características preñadas de significados diversos: religiosos, mundanos y mágicos. En conjunto, ya quedó dicho, era un espacio sagrado; por lo tanto, se vivía allí conduciéndose en consecuencia.



Todavía en el siglo xxi, los pueblos purépechas de la cuenca del lago de Pátzcuaro y algunos de la sierra estaban divididos en los barrios de la época de sus repúblicas purépechas, cada uno con la capilla donde rendían culto a su respectivo santo patrono. Estos poblados tenían dos divisiones territoriales básicas, en las cuales se agrupaban dichos barrios: una, la del “arriba” y otra, la del “abajo”; éstas, a veces, incluían dos secciones más: la salida y el rincón. Justo sobre esas separaciones descansaba su organización política y religiosa.¹⁰

Algo parecido ocurría en la sierra, como fue el caso de Cherán, cuyos barrios se distribuían en *kétsekwa*, ‘abajo’ al oriente, y *parhikutini*, ‘al otro lado’ al poniente, así como en *jarhúkutini*, ‘la orilla’ al norte, y *karhákwa*, ‘arriba’ al sur.¹¹ Así, la distribución urbana se adecuó a la topografía de cada lugar y a su orientación. De tal guisa, la traza

urbana charapanense dividió a la gente “de arriba” y “de abajo” —según la posición o altura de su barrio— y la organizó a semejanza de la antedicha:

Abajo estaba una de sus cuatro fracciones:

- *Kétsekwa* o *késekisi* —‘para abajo’— donde quedó asentado Santiago *anápuechi*, es decir, el barrio de Santiago al oriente.

Arriba estaban las otras tres:

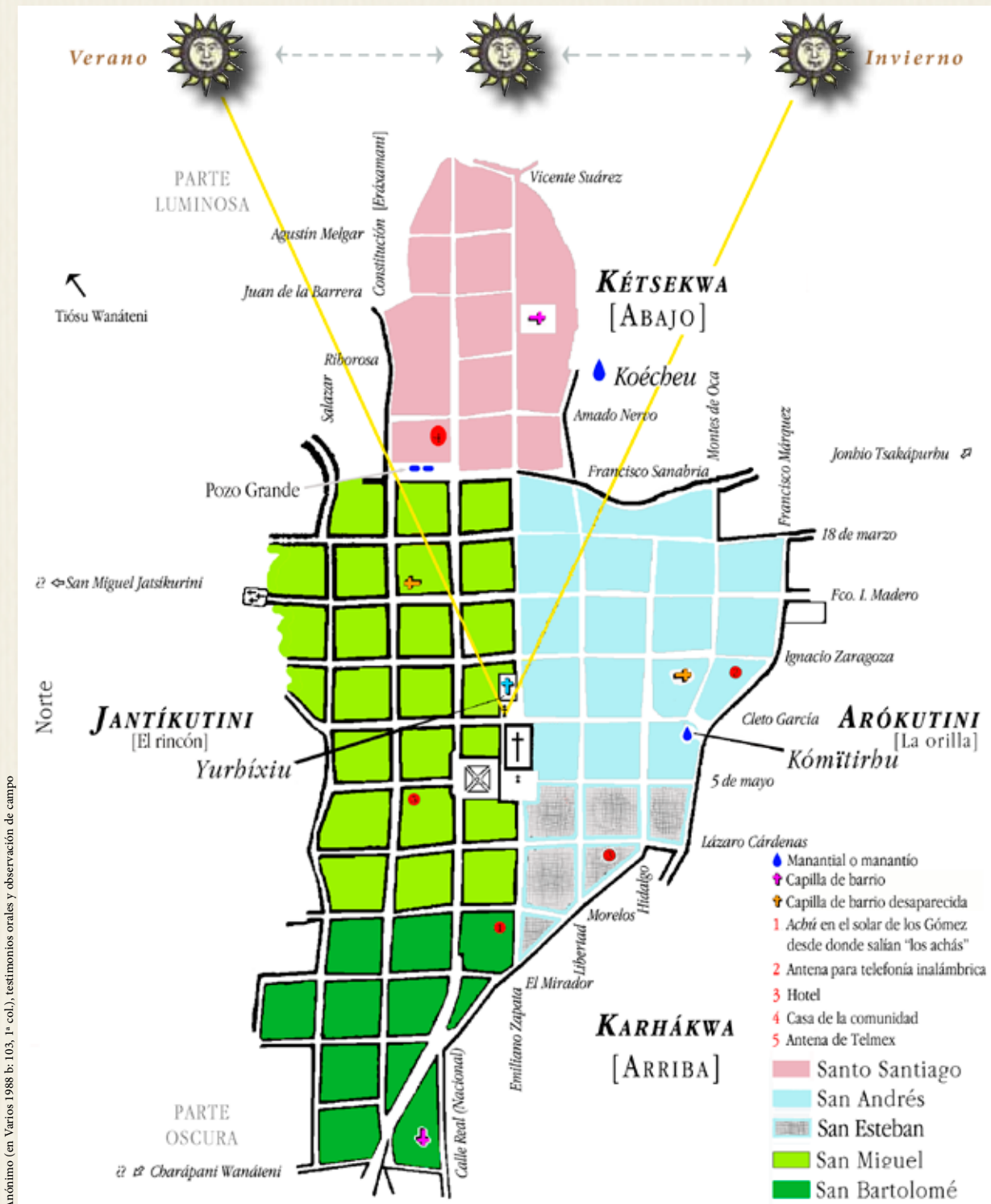
- *Karhákwa* o *karáakisi* —‘para arriba’— donde se ubicó San Bartolomé *anápuechi* al poniente.
- Jantikutini —‘el del rincón’— donde se localizó San Miguel *anápuechi* al norte.
- Arókutini —‘el del llano’— o San Andrés *anápuechi* al sur.

Por lo tanto, al menos desde el siglo XIX, los barrios San Bartolomé, San Miguel y San Andrés eran llamados “los de arriba” por estar en las partes altas; y Santiago, “el de abajo” por estar en la parte baja. Uno más, el pequeño San Esteban, estaba incluido desde tiempo atrás en el de San Andrés, como otros cuya memoria se fue perdiendo y que fueron incluidos en los citados cuatro barrios básicos preponderantes. Cabe agregar que la topografía era sólo un factor considerado en esas denominaciones populares del arriba y el abajo. Como en otras partes de México, “ir arriba” era trasladarse al Centro para asistir a misa o arreglar algún asunto administrativo, por ejemplo; luego de lo cual se regresaba abajo en sentido contrario; es decir, el arriba y el abajo también era una manera de indicar qué tanto uno se acercaba o se alejaba del Centro.^{Fig. 3}

Cada barrio estaba marcado por una cruz cuya ubicación ya se perdió en la actualidad, ¿o serían cuatro cruces, una en cada esquina delimitadora? El barrio comprendía varias cuadras, en su origen divididas en cuatro partes asignadas cada una a un grupo doméstico. Éste separaba un espacio para su *ekwárrhu* y otro para construir allí su troje y cocina.

Todos los barrios se dispusieron figurando una gran cruz acostada, con su cabeza en Santiago hacia *jurhíata wérakwarhu*, ‘por donde sale el Sol’. Así ordenados, articulaban un quincunce cuyo centro original fue una capilla mariana o Yurhíxiu mirando al poniente, mientras las capillas de los barrios miraban a los cuatro puntos cardinales: la del barrio Santiago hacia el norte; la de San Bartolomé al oriente, la de San Miguel al sur y la de San Andrés al norte. Por cierto, la tradición oral afirma que la capilla de Santiago mira hacia Tiósu Wanáteni, donde estaba ubicado el caserío remontado de quienes bajaron para fundarlo; ¿sucedería lo mismo con las de los otros barrios: mirarían hacia sus rumbos de procedencia?^{Fig. 4}

Fig. 3. (PÁGINA DE ENFRENTA). Charapan en la segunda mitad del siglo XX. En el extremo superior jurhíata wérakwarhu, ‘por donde sale el Sol’, y debajo sus cuatro barrios básicos. Al centro, el templo parroquial marcado con una cruz grande mirando al poniente. A su espalda, la capilla o Yurhíxiu del hospital purépecha, con su fachada hacia la misma dirección. Las otras cruces y su orientación señalan la ubicación aproximada de las capillas desaparecidas en la primera mitad del siglo XX. Asimismo, se observa el llamado “Centro” formado por la plaza decimonónica —donde se levantó un quiosco— cerca del templo parroquial, al cual le disputó la primacía urbana. Con flechas se ubica el mítico manadero Kómitirhu y la ex barranquilla hoy calle Eráxamani, la cual cruza tres de los cuatro barrios de lado a lado del poblado. Obsérvese cómo Santiago ocupa la parte luminosa, por estar al oriente, y San Bartolomé la oscura, por estar en el rumbo donde se oculta el Sol.



Por todo lo dicho, la vida material y emotiva del poblado transcurrió bajo un entorno natural y urbano ordenado y adaptado acorde con pautas religiosas españolas y con concepciones purépechas

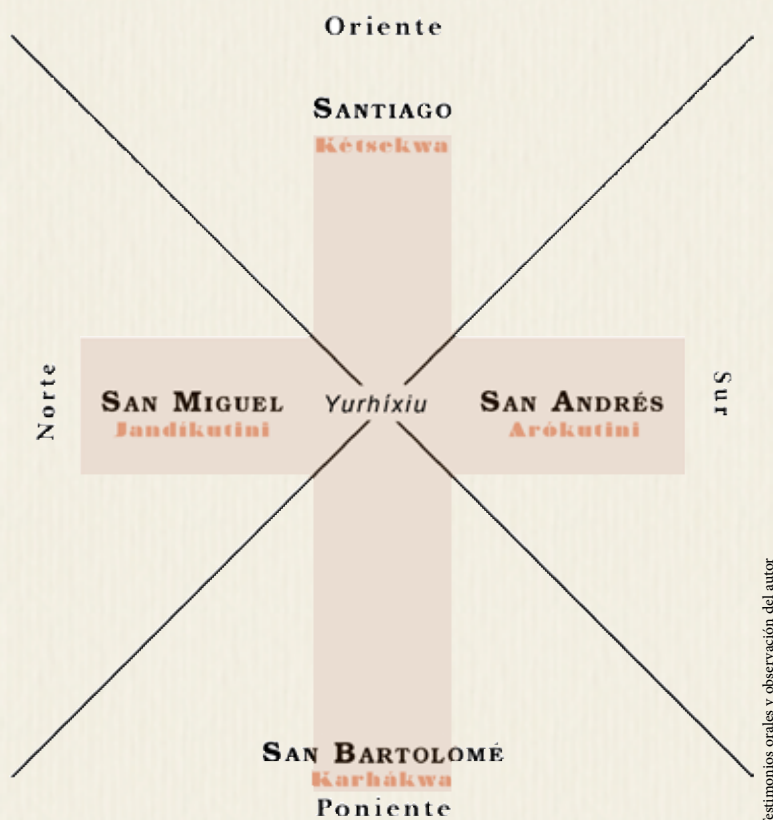
campesinas. Ello permitió mantener a este centro poblado como espacio sagrado.



En la época de la república purépecha y en uno de los puntos más altos de la loma donde se asentó San Antonio Charápani, se levantó una capilla mariana dedicada a la virgen de la Inmaculada Concepción de María —hoy casi a espaldas del templo principal—, su placita con una cruz de piedra y el edificio —hoy suplantado por una escuela— sede de una cofradía a cargo de la anexa e importantísima institución comunitaria del Hospital de los Naturales, con toda razón considerado por algunos como el corazón de los poblados purépechas. Junto a una esquina de ese hospital afloraba una gran roca, a la que se le atribuía cierto simbolismo muy antiguo.¹² Por ello, este sitio fue el centro emblemático del poblado señalado simbólicamente por la cruz atrial de la capilla, dada su disposición entre el eje longitudinal y transversal de su pequeño atrio.

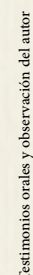
La capilla, levantada mirando al poniente, era llamada *Yurhíxiu* o *Yurhíxiu*, entendido como ‘lugar donde curan’, a causa de su hospital anexo; aunque etimológicamente esta denominación más bien hace alusión a la menarquía, dado que era la sede de una cofradía de doncellas encargadas del culto mariano. Por su orientación, al caer el Sol, su luz penetraba en la capilla y durante cierta época del año iluminaba directamente el altar donde se rendía culto a la imagen mariana, bajo la cual se cobijaba la institución hospitalaria. A semejanza del ámbito familiar de las cocinas con la misma orientación.

La cruz atrial de la capilla dejó de señalar el centro del poblado al ser relegada por la atrial de un templo que, al parecer, se levantó tiempo después del *Yurhíxiu* y que devino en el principal de Charápani. De esa manera se movió ligeramente el centro original. Además, dicho templo se levantó mirando también al poniente, pero obstruyéndole parcialmente la vista al primero; eso hace suponer que se levantó para relevarlo en su preeminencia religiosa y urbana, tal vez como resultado de la pugna entre el clero regular y el secular, o bien, como reflejo de la



Testimonios orales y observación del autor

Fig. 4. Quince charapanense visto desde el aire con sus cuatro barrios fundadores, cada uno ocupa una de las secciones correspondientes a los puntos cardinales: *kétsekwa* (arriba) al oriente, *karhákwa* (abajo) al poniente, *jantikutini* (el rincón) al norte y *arókutini* (el llano) al sur; en conjunto asentados figurando —en la mentalidad comunitaria— una larga cruz con la cabeza en Santiago anápuechi.



expropiación clerical del control del culto en manos del pueblo, lo cual fue mermando la institución del hospital. A fines del porfiriato, al parecer el templo fue ampliado o sustituido por uno más ancho que tapó aún más la vista del edificio del hospital de los naturales, así que éste quedó a espaldas de la nueva construcción y sin vista del horizonte.

Fig. 5

Como a un lado de dicho atrio estuvieron las casas reales, éste era un inmejorable lugar ceremonial donde confluían los puntos cardinales de la superficie del poblado, el inframundo donde descansaban los muertos, el sitio donde acudían las ánimas, la interacción del cabildo

purépecha con el templo cristiano y el lugar donde se efectuaban las ceremonias religiosas de los “cargueros”, algo común a otros poblados mesoamericanos —como en el área otomí de la Huasteca— evangelizados por los frailes españoles.¹³

En efecto, a un costado del cementerio estaban las casas reales sede del cabildo. Como el templo tenía anexo al convento franciscano y luego curato, el espacio entre las casas reales y el Yurhíxiu, primero, y el templo, después, fue de intercambio político y religioso; esto a consecuencia de ser un lugar abierto al tránsito entre la iglesia parroquial y la sede del viejo cabildo, donde cada año se bailaba la danza de viejos y se relevaba a sus funcionarios. Teniendo el templo a las espaldas, una persona observaba a la izquierda las citadas casas reales y el *waxámukwa* o juzgado de la república de los naturales, donde los *waxámutiicha* nombraban a quienes integraban la ronda nocturna para vigilar al poblado. ^{Fig. 5}

A fines del siglo XIX, en el mencionado atrio parroquial y al terminar la fiesta de san Antonio de Padua, el cura cargaba la imagen de éste para dar la señal de la cruz a cada barrio, conforme cada uno terminaba de ofrendar y cuyos danzantes respectivos se encontraban situados en puntos específicos del atrio asignados por la tradición. Luego, «ya se entraba al san Antonio al pueblo y la gente se iba con pan y fruta». Nótese cómo se diferenciaba entre el espacio del atrio parroquial y “el pueblo” propiamente dicho; con razón, puesto que éste lo componían los asentamientos de los grupos domésticos de cada barrio y, por lo tanto, el templo, el convento o curato y el atrio constituía un espacio con su propia naturaleza.¹⁴ En ese mismo siglo y en altas horas de la noche, el atrio solía ser escenario donde las *sikwámeecha*, a veces desnudas, llevaban a cabo algún rito.

Otros sitios completaban el ordenamiento espacial: las capillas de barrio y sus respectivos atrios ceremoniales con sus cruces de piedra; y los lugares históricos, legendarios o mágicos, como el mítico manantío Kómítirhu, en una orilla a las afueras del barrio San Andrés, donde se levantaba una *tanótskwa* o cruz del sur. En ese lugar, dice la leyenda, Marírhapxi halló el agua que permitió fundar Charápani.¹⁵

Un lugar más de importancia particular fue el *Achú* o *Achó*, donde estaba la capilla de San Andrés, desde la cual salían en la noche “los achás” o *achéecha* en forma de calaveras brincadoras encargadas de guardar el orden nocturno.¹⁶ En aquel lugar, acudían las hechiceras para hacerle ceremonias “al Padre Jesús”, como se llamaba a cierta imagen de Jesús Nazareno conservado en el altar. Cada primer viernes del mes llegaban en procesión a esta capilla todos los cristos de Charápani.

De cierta relevancia fue “la piedra del Carnaval” en la arriba mencionada esquina del hospital de los naturales:

Cuentan que aquí en Charapan, en la esquina del hospital, había una de tales piedras [muy altas, que marcaban un lugar consagrado o bendito,] y que allí antiguamente —en la fiesta de Carnaval— los jóvenes hacían una ceremonia pagana, que era como un dejo de lo que antiguamente practicaban.¹⁷

En otros puntos espantaban, dentro y fuera del poblado. El purépecha mismo disponía de términos para nombrar un “lugar de espanto”: *ixú chérpexini*, ‘aquí espantan’.¹⁸

Pero el espacio tenía otras distribuciones de distinta naturaleza. Una de ellas, de gran importancia, separaba sitios específicos para hombres, mujeres o niños. El espacio preferente de las mujeres —ritual inclusive— era la cocina, entre tanto los preferentes del hombre eran la milpa y el troje. En fin, el espacio purépecha tenía muchas vertientes ordenadas y articuladas.



Desde finales del siglo XVIII, la concepción religiosa del ordenamiento espacial fue transfigurada en laica de manera paulatina, pero nunca del todo. Con las reformas liberales del siguiente siglo se rompió el orden urbano prevaleciente, al abrirse muy cerca del templo parroquial un espacio para disputarle su predominio, en una hondonada a varios metros de altura más abajo: el centro cívico con su ayuntamiento y su plaza, a un costado de la cual se hizo pasar la principal vía de entrada, paso y salida, más que nada comercial y de transporte. El lugar terminó por imponerse como sitio dedicado a la administración política y a la venta. Su predominio se acrecentó cuando aumentó su circulación peatonal en 1954, al construirse una escalinata para subir al atrio parroquial.¹⁹ Aunque disminuyó la separación física entre ambos, acrecentó la importancia de la plaza cívica, paso más adecuado para la mayor parte de las actividades públicas y el transporte de pasajeros y mercancías. En el siglo siguiente, se unieron todavía más los espacios religioso y civil, mediante una larga y ancha pendiente escalonada.

Aun la división en barrios estuvo en riesgo, al imponerse en el siglo XIX una división política liberal del casco urbano, partido en cuarteles, en consonancia con una división simétrica haciendo caso omiso de los barrios, a fin de mermar aún más la organización religiosa del asentamiento. Sin embargo, la constitución tradicional en barrios persistió y logró perdurar, mientras la liberal se redujo a su mínima expresión en la segunda mitad del siglo XX hasta desaparecer.

A fines del porfiriato, el ya citado desplazamiento de la vieja placita del Yurhíxiu culminó al levantarse un nuevo templo parroquial de altura y volumen abrumadores, arrinconándolo a sus espaldas. Desde

el punto de vista arquitectónico, esto dejó ver la pugna ya mencionada entre clero secular y organización purépecha.

En efecto, dada la lógica espacial y el sistema simbólico de la cual ésta era parte, las huellas en apariencia ilegibles del plano del poblado de Charápani, en perpetua modificación, hacen referencia al pasado charapanense. El paisaje urbano de Charapan conservó vestigios de fenómenos aún perceptibles en el siglo xx:

- El equilibrio original del siglo xvi entre los barrios integradores de Charápani, su capilla mariana y el hospital de los naturales (amén de la sede del cabildo purépecha).
- El desplazamiento del clero regular por el secular, que tomó el dominio del obispado michoacano.
- La tensión entre los barrios de arriba y el de abajo a lo largo de su historia.
- La tensión entre la parroquia y el ayuntamiento (siglos xix y xx).
- La pugna del clero católico por la administración del culto en manos de la república purépecha (siglo xix).

Una grave alteración parcial o total del modo como fue dispuesto originalmente el espacio e incluso la desaparición de algunos sitios, hubiera afectado tanto la vida material como la espiritual del poblado. Cuando el volcán Parícutini surgió con violencia de las entrañas de la sierra, algunos habitantes de San Juan Parangaricutiro se negaban a salir de allpropiciarendo”os ceremoniales— “cidel hospital de los naturales, el cual quedí, a pesar del peligro, pues en aquel lugar tenían cada uno sus casas, sus santos y sus muertos.²⁰ Parangaricutiro, como Charápani, era más que un casco urbano: era un tejido social comunitario con un espacio ordenado en consecuencia.



Cabe agregar algo de particular importancia respecto del casco urbano de San Antonio Charápani. Éste fue un escenario teatral de un relato religioso anual en varios actos articulados, protagonizados por sus propios habitantes y por las imágenes de sus santos patronos.²¹ En tiempos de la era purépecha, sobre todo en la época de la república de los naturales, en el caserío se movían las figuras escultóricas y humanas para desempeñar los papeles requeridos en conmemoraciones sucesivas. Todo el casco urbano charapanense era un teatro donde —en diferentes sitios ceremoniales— iban saliendo las esculturas que representaban santos, cristos y vírgenes, las cuales salían del templo, las capillas y las casas de sus cargueros conforme les tocaba su turno: el Nazareno en

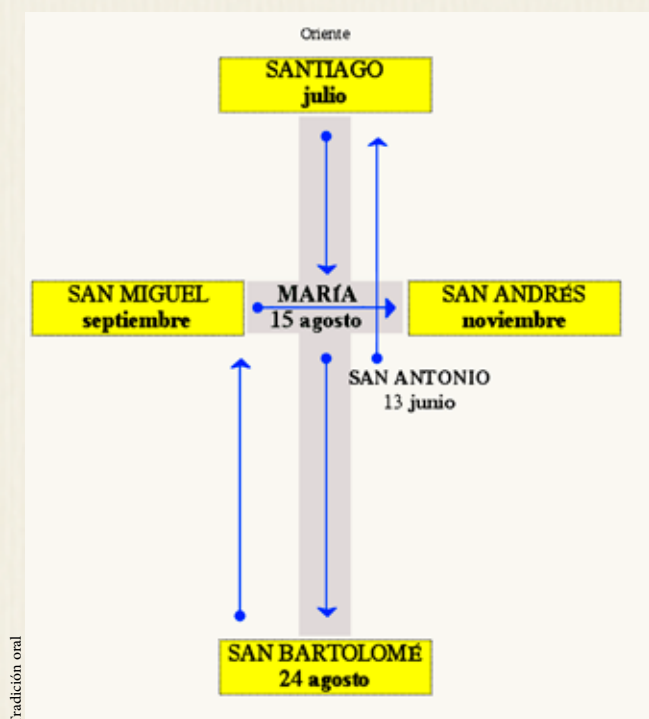


Fig. 6. La vista aérea del asentamiento y sus barrios respectivos permite mostrar este esquema que conjuga tiempo y espacio: sucesión espacial y temporal de las fiestas religiosas de los barrios de Charapan, empezando en el centro del poblado con la del santo patrón del conjunto. Una vez pasada la patronal, van teniendo lugar las festividades de los barrios de oriente a poniente y de norte a sur trazando una cruz. En su origen, la fiesta mariana en el circuito debió tener el peso central. Obsérvese el quince que, vistos desde el aire forman los barrios tomando como centro el Yurhi-xiu y ocupando cada uno un punto cardinal.

Sin duda, uno de los cambios más importantes en la mentalidad serrana fue el fin de la antigua regulación tarasca del tiempo y la adopción de otra radicalmente distinta en la era purépecha, compatible con los patrones hispano cristianos. Tal ocurrió con el calendario y la división del día en ciertas unidades de tiempo como, por ejemplo, con la serie anual de fiestas religiosas.^{Tbl. 24}

Este ciclo se desarrolló en el espacio organizado religiosamente, pues así como los barrios se acomodaron en forma de cruz, se daba la coincidencia de la sucesión de las fiestas principales recorriendo en cruz el poblado de oriente a poniente y de norte a sur. Es difícil saber si esto fue premeditado, pero como la disposición de los barrios tuvo alguna correspondencia en la distribución de los danzantes moros de cada barrio en el atrio y en su coreografía misma, lo mismo pudo suceder en la sucesión de fiestas en el tiempo.^{Fig. 6}

Esa nueva ordenación mostró la gran profundidad alcanzada por el apurepechamiento de los tarascos de habla purépecha y demás pueblos sujetados y congregados en la sierra de Michoacán, donde el engarce del espacio y el tiempo —en los poblados y su entorno respectivo— proporcionaron uno de los más importantes elementos para la cohesión ideológica de la corporación purépecha. Con todo, el tiempo pueblerino siguió en buena medida atento, como en la antigüedad, a los procesos naturales repetitivos, en particular a las estaciones climáticas y a los ciclos del Sol y la Luna; a los cuales se encadenaba el del cultivo del maíz, eje primordial de la vida y el pensamiento de los grupos domésticos establecidos como base social de la corpo-

Semana Santa, el Niño Jesús en Navidad... Otros papeles eran desempeñados en vivo por las autoridades, los viejos, los principales y el común purépecha, transmitiendo a lo largo del año los mensajes que, en ese escenario, debían conocer todas las familias y sus integrantes.²²

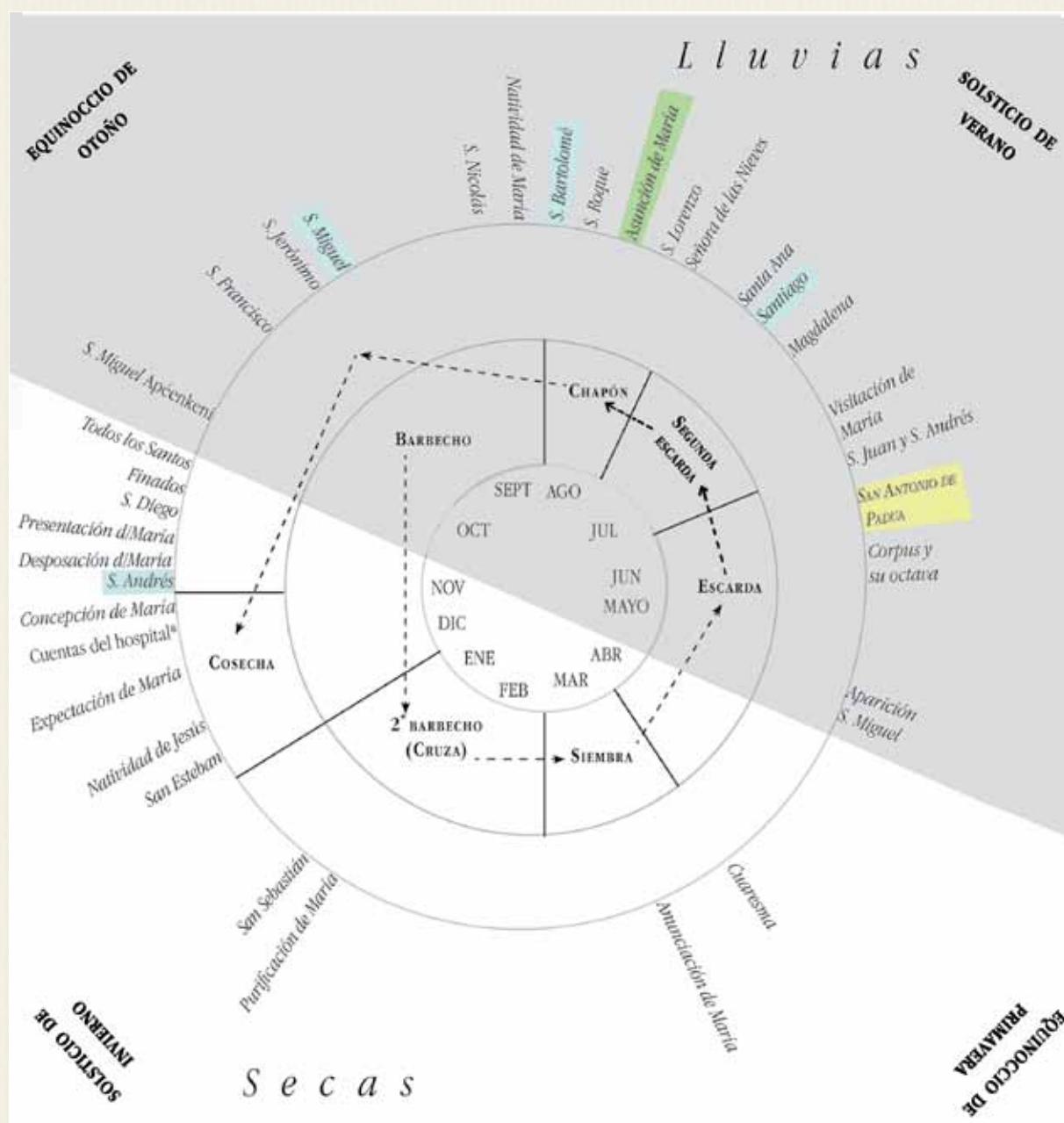
Eso era el poblado de Charápani: la palestra de una historia sagrada escenificada en varios episodios. Quienes en ésta nacían, la revivían año con año recorriendo diferentes sitios para recordar normas y valores de la corporación purépecha, y garantizar la repetición del ciclo y, con ello, propiciar la supervivencia de todos. De esta manera, el espacio se entretreía con el tiempo.

24. CICLO ANUAL DE FIESTAS RELIGIOSAS EN SAN ANTONIO CHARÁPANI (1806)*

Día	Mes	Celebraciones	CON vispera	Con misa	Con procesión	Con siránkwa	Acotaciones
13	junio	SAN ANTONIO DE PADUA	•	•	•	•	F. t. de Charápani
24		San Juan Bautista	•	•	•	•	F. b. San Andrés
Mov.		CORPUS CHRISTI	•	•			
		Octava de <i>Corpus</i>		•			
2	julio	Visitación de María		•			Celebración misa del hospital y b. San Andrés
22		Sta. María Magdalena					F. b. San Miguel
25		SANTIAGO apóstol			•		F. t. b. Santiago
26		Santa Ana		•			Cantos en la capilla
2	agosto	Señora de Las Nieves		•			F. mayordomos hospital y b. S. Andrés
10		San Lorenzo					F. t. b. S. Lorenzo (incluso en b. S. Bartolomé)
15		ASUNCIÓN DE MARÍA		•			F. ms. del hospital, 3 bs. y b. S. Andrés
16		San Roque					F. b. S. Roque (incluso en b. S. Andrés)
24		SAN BARTOLOMÉ apóstol		•	•		F. t. b. S. Bartolomé
8	sept.	Natividad de María					F. b. S. Bartolomé y ms. hospital
10		San Nicolás Tolentino					F. b. S. Andrés
29		SAN MIGUEL arcángel					F. t. b. S. Miguel
30		San Jerónimo					F. b. S. Bartolomé
4	oct.	San Francisco					F. rs. de los 3 barrios y r. b. Santiago
24		San Miguel <i>Apéenkeni</i> (San Rafael arcángel)					B. Santiago
1	nov.	Todos los santos		•	•		
2		Finados	•	•	•		
13		San Diego					
21		Presentación de María					F. ms. del hospital
26		Desposorios de María		•			F. ms. del hospital
30		SAN ANDRÉS apóstol		•	•		F. t. b. S. Andrés
8	dic.	Concepción de María			•	•	F. ms. hospital
9		Cuentas del hospital					Entrada al hospital de nuevos prioste y ms.
18		Expectación de María		•			F. ms. del hospital
25		NATIVIDAD DE JESÚS		•			
26		San Esteban					F. t. b. S. Esteban (incluso en S. Andrés)
20	enero	San Sebastián mártir					
	feb.	Purificación de María		•			F. ms. hospital
25	marzo	Anunciación de María		•			F. rs. de bs.
Mov.		Carnestolendas					
		Cuaresma		•			F. b. S. Lorenzo (incluso en S. Bartolomé)
		Jueves 1º		•			
		Jueves 2º		•			F. b. S. Andrés
		San Nicolás de Flue		•			F. b. S. Miguel
		Jueves 3º		•			F. b. S. Bartolomé
		Jueves 4º		•			
		Domingo de Ramos		•	•		
		Lunes santo		•			Ms. del hospital
		Ánimas					
		Martes santo		•			Cofrades de Jesús Nazareno
		Jesús crucificado		•			Herreros del hospital
		Miércoles santo		•			Capilla S. Roque
		JUEVES SANTO			•		Muchachas de doctrina En el templo, b. S. Andrés y capilla S. Roque
		VIERNES DE DOLORES		•			Semaneros del hospital
		Sábado de gloria (virgen de La Concepción)		•			
		Domingo de resurrección		•	•		
		Pentecostés		•			Bendición de la pila bautismal
		Ascensión del Señor					
8	mayo	Aparición S. Miguel arcángel		•			F. b. Santiago

AMSE (1806-19; ff. 2 r.-15 v.)

* Incluye sólo las registradas por el obispado y el curato. Los purépechas incluían otras celebraciones, ceremonias y costumbres no registradas en la fuente aquí utilizada (escrita por el cura), por tratarse de costumbres sociales, familiares y reservadas.



Catalina Rodríguez Lazcano (basado en AMR 1806-19; ff. 2 r.-15 v. y GARCÍA MORA 1975: 33 y 62-3)

Fig. 7. Ciclos agrícola y religioso en San Antonio Charápani a principios del siglo XX. Obsérvese que el primero duraba, en sentido estricto, más de 12 meses. Eso era posible porque se practicaba el sistema de cultivo de "año y vez", es decir, cada milpa se sembraba un año y otro se dejaba descansar. Por esa circunstancia, cuando una milpa se ponía en descanso, entraba con anticipación en el ciclo maicero: se le hacía el primero y el segundo barbecho (o pase del arado), mientras se levantaba la cosecha de la cultivada en el ciclo anterior.

b(s.)= barrio(s)
F.= fiesta
F. t.= fiesta titular
F. t. b.= fiesta titular de barrio
m(s.)= mayordomo(s)
Mov.= movable
r(s.)= regidor(es)
s.= siránkwua
t.= titular.

ración purépecha. De tal manera que sería mucho decir que el tiempo purépecha dejó atrás el tarasco antiguo, más bien la planta del maíz adaptó la disposición cristiana del tiempo a su propio ciclo rector.

De esos factores dependían las fases y el itinerario del trabajo, las relaciones sociales, el comercio, el orden político, el culto religioso, la jornada diaria, los diferentes periodos y momentos anuales y las etapas de la vida individual y familiar.²³ Todas estas actividades esta-

ban articuladas complementándose sin estorbarse para, por ejemplo, en cierto tiempo agrícola iniciar el dedicado a pensar en casarse, celebrar fiestas importantes, renovar al cabildo o sustituir cargueros.

El ritmo de la vida cotidiana fue lento, marcado por el inicio y el fin de las labores agrícolas, las campanadas y los oficios del templo que recordaban los ritos para renovar y reproducir todo, los largos y dilatados viajes, y el momento de iniciar y terminar diligencias legales y jornadas agrarias.²⁴ Este equilibrio incluía obligaciones como levantarse a trabajar, cantar ante la cruz del barrio antes de salir al campo o al bosque, rezar o santiguarse en la casa a determinada hora, acudir a escuchar misa, asistir a reuniones, hacer un trato, cerrar la vivienda, apagar el fogón y guardarse al anochecer.

El reiterado cultivo del maíz, las rutinas diarias y los hábitos cotidianos, junto con los rituales, permitían a los miembros de la república purépecha integrarse en procesos repetidos una y otra vez. Como campesinos, los purépechas enfrentaban un cambio incesante del medio natural y de las circunstancias históricas, de la sociedad y de la economía. Por esta razón, ellos vivían con un equilibrio siempre frágil. Su tiempo era el de una constante renovación, la cual regía su proceso anual de trabajo y de vida proporcionando un medio de defensa a sus grupos domésticos y a su república, amén de proveerles el sentido de existir cumpliendo con labores y obligaciones que les permitían reproducirse. Como aún este medio defensivo estuvo sujeto a cambios, debieron tener clara conciencia de las transformaciones en el tiempo y sus repercusiones; por eso el esfuerzo de mantener funcionando el engranaje, para mantener la serie de actividades propias del año pueblerino, porque de ello dependía en mucho su presencia en la sierra de Michoacán.²⁵

Queda asentado que, en el siglo XVI, el nacimiento del pueblo purépecha estuvo acompañado de uno de los más importantes y profundos cambios culturales: la reorganización del espacio y del tiempo. Por lo demás, merece reiterarse la sugerencia deslizada en el texto: el espacio y el tiempo del maíz siguieron funcionando siempre.^{Fig. 7}

En verdad, el antiguo cultivo maicero experimentó cambios tecnológicos espectaculares, pero antes y después, la reiteración en momentos específicos de cada una de sus etapas siguió siendo el eje del tiempo. La agricultura del maíz se apurepechó sin duda y la tarasca fue desplazada por el arado hispánico. A pesar de eso, su ciclo persistió y esa omnipresencia fue una de las persistencias más importantes que eslabonaron la era tarasca con la purépecha. El tiempo del maíz, para decirlo de modo expresivo, envolvió el tiempo sagrado de santos, cristos y vírgenes cristianos en el Purécherio.



Notas

- ¹ Alejandra Capistrán (2005: com. oral).
- ² Consúltese el vocablo *parháakwa* en el glosario.
- ³ Felipe Chávez Cervantes, oriundo de la sierra (1997: com. oral, Pátzcuaro).
- ⁴ Velásquez Gallardo (1978: 49 y 64).
- ⁵ Cf. Chávez Cervantes (1997).
- ⁶ Ismael García Marcelino, oriundo de Ihuatzio (2003: com. oral, Pátzcuaro).
- ⁷ Fernando Nava y Dora Ascencio (1997: com. oral, México).
- ⁸ Tradición oral, en Murguía Ángeles (1969: 3ª col.). Esto no ha sido verificado por la arqueología.
- ⁹ Tomás Salvador (2000: com. oral, México).
- ¹⁰ Sepúlveda y Herrera (1979: 189).
- ¹¹ Miano Barruso (1981: 22).
- ¹² Véase cap. 22.
- ¹³ Galinier (1990: 125).
- ¹⁴ Entrev. a Lorenzo Murguía, Uruapan, 9 de junio de 1974 (en ACRL-CGM 1973-4, lbta. 4: ff. 37 r. y v. y 38 r. y v. La cita textual viene en la f. 38 v.). Acerca de la distribución de las partidas de “moros” en el atrio parroquial, véase el cap. 34.
- ¹⁵ Véase capítulo 32.
- ¹⁶ Respecto de los *achéecha*, consúltese cap. 25.
- ¹⁷ Murguía Ángeles (1969 e: 4ª col.).
- ¹⁸ Velásquez Gallardo (1978: 64, 2ª col.).
- ¹⁹ Galván (1954).
- ²⁰ Palacios (1950: 192).
- ²¹ Consúltese cap. 33.
- ²² Acerca del teatro charapanense véase el capítulo 33.
- ²³ Cf. Kamen (1986: 180-3).
- ²⁴ Por ejemplo, consúltese AHMM (1790-1: f. 16 r.).
- ²⁵ Consúltese Berger (1990: 28, 1ª col.).

INTRODUCCIÓN



El fascículo

El espacio y el tiempo purépechas
se terminó de editar y formar el
martes 23 de diciembre de 2014, en
el estudio del autor, sito en las inme-
diaciones del pueblo de Tlalpan en la
cuenca de México.



